
CARNE IBÉRICA S.A.

FRANCISCO MERCHÁN



CARNE IBÉRICA S.A.

Francisco Merchán



© 2017
Editado por Ediciones Alféizar
C/Francisco de Borja Pavón 1 - 1º - 2
14002 - Córdoba - España
Telef.: 34 600 792 762
Email: edicionesalfeizar@hotmail.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.com
ISBN: 13-978-84-946325-8-7
Depósito Legal: CO 826-2017

*Para Raquel
la persona más increíble,
maravillosa y vital que
he tenido el placer de conocer.
Aunque ya no estés con nosotros,
tu luz nos guiará por siempre jamás.
Esta pequeña novela es para ti
Siempre juntos
¡T'estim una animalada, petitona!*

El ruido del oleaje reinaba en el exterior, ahogando sus gritos. Por puro instinto de supervivencia, Roberto se arrastró como una serpiente por el fango en busca de un refugio que dentro de aquella especie de barraca se antojaba inexistente. Llegó hasta el rincón más alejado y como pudo se recostó sobre un pequeño taburete de plástico que tenía a su derecha, recuperando así algo de aliento. Cien cuchillos le cortaban las entrañas a cada bocanada de aire. Tenía rotas algunas costillas y notaba cómo se agolpaba en su boca el sabor metálico de la sangre. Entonces, sin saber muy bien por qué, miró de arriba a abajo a su verdugo. No era demasiado alto ni poseía un cuerpo excesivamente musculado aunque se intuía ágil y por su forma de moverse por la habitación parecía muy seguro de sí mismo. Aun así, si se lo hubiese cruzado por la calle, habría pensado en él como un tipo corriente. Un león sentado a la mesa con las ovejas.

—¿Por qué me haces esto? —gritó con desesperación—
¡No lo entiendo!

Él le sonrió con desdén. Su rostro, manchado de sangre, mostraba una ausencia total de expresión. Por más que rebuscó en sus oscuras retinas, la nada más absoluta nadaba en ellas. Fue entonces cuando entendió que allí no hallaría clemencia. Sus mínimas esperanzas de salir con vida de aquel trance se desvanecieron como la bruma matutina.

—Te puedo dar mucho dinero... —balbuceó de nuevo, presa del pánico.

Tras mirarle con una mezcla de desprecio y odio, aquella bestia se le acercó con rapidez y le propinó una violenta patada en su rodilla derecha, que crujió cómo un manto de hojas secas. Hasta la chica que estaba agazapada en un rincón intentando pasar desapercibida, se sobrecogió. Estaba siendo un castigo demasiado duro.

—¡Detente, por favor! —farfulló entre sollozos— ¡No quiero morir! ¡Te lo ruego!

El verdugo se alejó un par de pasos de su víctima y se puso a negar con la cabeza. Aquello ya no era divertido. Se giró y se acercó a la chaqueta que había dejado colgada en la pared. Mientras rebuscaba algo en su bolsillo, se giró hacia la chica.

—No te muevas, pequeña —ordenó autoritario—. Ahora mismo estoy contigo.

Como por arte de magia una reluciente pistola salió del bolsillo interior de la chaqueta. Al verla, sonrió satisfecho y se acercó de nuevo a Roberto.

—¿Unas últimas palabras, quizás?—concedió.

El hombre, tras hacerse sus necesidades encima, empezó de nuevo a gimotear. El asesino se encogió de hombros, le apuntó con la pistola y empezó a disparar de manera aleatoria por distintas partes de su oronda figura, reservando las dos últimas balas para el cráneo. Una vez vaciado el cargador, se quedó observando su obra mientras miraba de reojo su pantalón. La excitación acumulada durante toda la noche se había hecho patente. Escuchó cómo, a su espalda, alguien se removía inquieto. La noche era joven y todavía tenía pendiente mucha diversión. Sin lugar a dudas aquella estaba siendo una de las mejores noches de su vida.

Había tocado fondo. La mezcla de ginebra barata, tabaco y aire enrarecido le secaban la garganta. Al fondo de la barra, en su oscuro rincón, nadie le hacía caso, lo cual era un motivo más que aceptable para ser cliente fijo de aquel tugurio. Nadie se acercaba a venderle cupones de lotería ni le hacía preguntas incómodas de responder. Cada cuál llegaba, se sentaba y enterraba sus miserias en el fondo de una botella. Un bar de los de siempre.

—Otra igual —afirmó mientras levantaba al camarero el vaso de tubo vacío.

Muchas veces se preguntó a sí mismo por el verdadero motivo para seguir levantándose cada mañana para ir a la comisaría en vez de a aquella maldita barra. Mientras se metía un par de hielos en la boca y jugaba con ellos, llegó a la conclusión de lo placentero que era llevar la contraria a todos aquellos idiotas. Era, sin lugar a dudas, lo único que parecía tener cierto sentido en su vida. Antiguos jefes, compañeros o delincuentes comunes celebrarían con vehemencia el momento en el que su nombre pasara a engrosar la lista en la sección de necrológicas. Mal carácter, falta total de empatía hacia casi cualquier otro ser humano y la ausencia constante de respeto por los demás, formaban parte de una ecuación cuya resolución no era nada sencilla. Aunque él, terco como una mula, no pensaba darles el placer de irse por la puerta de atrás sin montar antes un poco más de ruido. Al fin y al cabo, ese no era su estilo.

—¡Que se jodan! ¡Que se mueran todos! —gritó mientras brindaba con su nueva copa al turbio reflejo que le devolvía el espejo que tenía enfrente.

En el momento en que rebuscaba en su cartera en busca de dinero, sonó el teléfono. Tras descolgar, alguien compartió las malas noticias. Con la poca dignidad que aún le quedaba, se levantó, se sacudió un poco su pantalón, ajustó sus gafas de sol y, tras pagar, salió a plena calle. El aire templado de la tarde le dio vida y, a medida que empezaba a caminar, sentía como su oxidada anatomía comenzaba a quejarse de nuevo. Se dirigió sin prisas hacia su destartado vehículo y, antes de subirse, retiró una multa de aparcamiento del limpiaparabrisas. Tras leer el importe la arrugó y la tiró al suelo. Los niños de un colegio cercano salían en tromba por la puerta seguidos de cerca por sus madres, padres y demás escoltas. Gritos, órdenes y amenazas de castigos de fin de semana se agolpaban en sus oídos. Se montó en el coche y cerró la puerta con violencia. Sacó un meche-

ro de la guantera y se encendió un cigarrillo. Por detrás, alguien con prisas y poco respeto tocaba el claxon con intensidad. Al parecer quería su plaza de aparcamiento. Puso en marcha la radio y "Brothers in arms", de los Dire Straits, empezó a sonar en el vetusto equipo estéreo mientras el inspector Diego Guerra empezaba a mover la cabeza intentando seguir, con nulo éxito, el ritmo de la música. Tras chirriar de manera preocupante, aquella chatarra empezó a moverse dejando tras de sí una densa estela de humo blanco.

Desde el fondo de la sala miraba con impaciencia la puerta de entrada. Se acabó el segundo Cosmopolitan de la tarde de un trago mientras maldecía en voz baja. En su opinión, aquel cóctel era un equilibrio perfecto de acidez, dulzor y vodka y ella, fervorosa creyente, se recetaba al menos un par al día. En su experta opinión, uno de los grandes secretos de los cócteles residía en que nunca debían ser preparados por uno mismo. Pedirlos en buenos locales, rodeados de la jet—set, vestida con pieles, joyas y, a ser posible, con un nutrido grupo de hombres devorándola con la mirada, era parte de la magia. Sentirse deseada y observada. El paraíso de ver como los hombres perdían la cabeza por su sonrisa y hacían mil estupideces en su nombre, regalaba una embriagadora sensación de poder. Era capaz de conseguir que cualquier estúpido cambiara de coche, dejara su trabajo o abandonara a su patética esposa por pasar una noche entre sus telarañas de seda. ¡Cuántas mujeres se habían quedado esperando a sus maridos en casa con la cabeza llena de rulos, preocupaciones y croquetas frías para la cena! Un asunto casi orgásmico.

—Intolerable —susurró para sí en voz baja.

Miró de reajo el reloj colgado de la pared de la cafetería. Cristina se retrasaba y eso no era nada típico en ella. No podía decir que la conociese de toda la vida pero desde que se habían reencontrado, siempre llegaba a sus citas

con al menos diez minutos de antelación. De hecho, habían tenido más de una pelea por ese motivo porque ella era todo lo contrario. Como a cualquier estrella, le encantaba llegar tarde y hacerse desear. Gajes del glamour, solía decir como insuficiente disculpa.

—¿Desea otra copa, señora? —preguntó el camarero con acento sudamericano.

—Se dice cóctel —espetó contrariada con su tratamiento—. No. Quiero la cuenta.

El camarero asintió, regresando instantes después con el datáfono. Tras sacar una tarjeta color platino, la mujer se levantó con un enfado más que visible. Es cierto que odiaba que le dieran plantón aunque ese no era el verdadero motivo de su enfado. Lo que realmente le molestaba era que alguien de su nivel tuviese que pagar sus cócteles sacando su propia tarjeta de crédito, acreditando su identidad con un maldito carné. Nadie salía nunca favorecido en aquellas estúpidas fotos. Y, según su opinión, tener que mostrarlo a un desconocido era zafio y, a todas luces, un claro signo de decadencia en su estatus.

Era un hecho constatado que la prensa clásica, escrita en papel, iba perdiendo cada vez más terreno en favor de la digital. Todos los grandes grupos iban eliminando gastos en el sector impreso y aumentando su presencia en internet y redes sociales. Aunque inevitable, estaba más o menos claro que su muerte no sería rápida ni indolora. La realidad era que para escribir noticias hoy en día no hacía falta estar físicamente detrás de una mesa de oficina. Las nuevas tecnologías lo hacían todo más accesible y por eso cada vez más gente pedía trabajar desde casa. Unos años atrás, la redacción del periódico a esa hora sería un auténtico hervidero de gritos, carreras e intercambio de papeles. En cambio, ahora mismo, parecía un solar. Un par de tipos de la sección de última hora se tomaban rezagados un café en la

entrada principal mientras debatían con fervor sobre religión esférica. Al parecer, el editor jefe estaba realizando cambios de última hora en páginas interiores mientras su joven secretaria se limaba las uñas entre bostezos delante del despacho. En ese momento Martín, un tipo gris ceniza y encargado de la sección de necrológicas, pasó justo al lado de su mesa.

—¿Todavía aquí, Marian? —le preguntó— Cuando las musas no quieren venir...

Ella le correspondió con una sonrisa condescendiente.

—Cuando a mí me pasa, me pongo a escuchar Von Karajan a todo volumen y me viene la inspiración con rapidez.

—¿No me digas? ¿Von Karajan?

—En serio. No falla —afirmó—. Por cierto, se acaba de morir el último gobernador del banco de España y el jefe me ha dicho que tengo que meterlo en planilla. ¡Sólo me ha dado dos horas!

—Siempre he pensado que tu sección ha de ser bastante difícil de llevar —pensó Marian en voz alta, deseando acabar la conversación—. Encontrar cosas positivas que contar de cualquier persona, aunque no se lo merezcan. Muy difícil.

—Sí que lo es. Nadie valora suficiente el trabajo que hago —suspiró resignado—. Y piénsalo... ¡todos los días se muere gente importante!

—Supongo que así es.

—No lo dudes. Te dejo —soltó—. Tengo que acabar pronto o me perderé esta noche el debate de la segunda cadena. Hoy hablan de obsolescencia programada. Es un tema apasionante.

Después de regalarle una sonrisa, "el señor caja de pino", (como algunos le apodaban en la oficina), se marchó y se hundió en su miserable rincón, a la vista de nadie.

Tras reorganizar neuronas y dar el toque de queda en su cabeza, intentó de nuevo atacar su columna para el suplemento dominical. Tenía que estar encima de la mesa del editor mañana a mediodía. Y todavía no tenía nada. Su móvil vibró.

—Espero que no me molestes para volver a invitarme a cenar. En mi opinión, seis negativas son más que suficientes y sirven de frontera entre la persistencia y el acoso —contestó la chica ante las quejas de su interlocutor—. Claro que me interesa, pero lo que me preocupa es que me vas a pedir tú a cambio —argumentó—. ¿Nada? Esto cada vez huele peor —soltó socarrona—. ¿Que me puedo fiar de ti? Permite que lo dude. Hasta ahora me has demostrado precisamente lo contrario —un grito se escapó desde el otro lado del auricular—. Está bien, no te enfades. Te escucho.

A medida que su informante le proporcionaba datos, su rostro iba perdiendo el color. La noticia era una auténtica bomba, de aquellas que paran las rotativas. Acabó la conversación excitada y, con prisas, se metió en el despacho de su jefe. Sin lugar a dudas, aquella noticia iría directa a la portada.

Estaba cansado. Mientras el coche zigzagueaba entre estrechas carreteras rodeadas de muros de piedra, pensaba en lo fácil que sería acabar con todo. Cerca de la playa adonde se dirigía existían unos espectaculares acantilados. Monumentales montañas de desgastadas y afiladas rocas, testigos mudos de mil y una historias de sal y muerte. No había más que salirse en una curva, acelerar a fondo y fin de la historia. Descanso eterno, entierro oficial, siempre se van los mejores...paladas de hipocresía. Por un instante sonrió para sí, seducido. Quién sabe, quizás pronto.

El sonido del claxon de un camión le devolvió a la realidad. Llevaba unos veinte minutos de curvas cuando llegó a un gran aparcamiento público que había cerca de la playa,

en medio de una imponente arboleda. La humedad tan característica de la isla, aunque menor que en los meses estivales, lo cubría todo con una pátina de incomodidad. De repente se fijó en la multitud de curiosos que se amontonaban detrás del cordón policial que estaba situado delante del camino que daba acceso a la playa. Un par de jóvenes agentes intentaban, con poco éxito, que la mezcla de turistas y aldeanos locales no se saltase la cinta policial. Se bajó del coche y se dirigió con pesadez hasta el lugar. Cuando llegó a su altura, presentó sus credenciales. En ese momento, aprovechando que estaba cerca, un cincuentón bastante gordo y con actitud muy prepotente, se acercó para encararse.

—¿Es usted el que manda? —le espetó.

El inspector se giró hacia aquel tipo de mala gana, mirándole de manera inquisitiva.

—¿Por qué no podemos pasar? ¡Esta playa es pública! ¡Esto es un atropello! —prosiguió la criatura que iba vestido con una absurda camisa hawaiana.

—Asunto policial, señor —contestó—. Hasta dentro de unas horas, estará prohibido el acceso.

—¿Dentro de unas horas? ¡Qué vergüenza, por favor! —gritó el tipo mientras su peluquín de saldo vibraba de rabia.

El inspector Guerra se encogió de hombros y se dispuso a seguir su camino. Aquello consiguió enardecer al sujeto y darle una falsa sensación de amparo y superioridad. Craso error.

—¡Tenemos esta excursión pagada de hace meses con el ayuntamiento! ¡No hay derecho! Esta gente se cree que puede hacer lo que le venga en gana —exclamó— "Asunto policial" dice. ¡Seguro que se han montado una fiesta para ellos solos ahí abajo los muy...! —gritaba con sorna bajo la cómplice mirada de sus secuaces gordicalvos.

Con una agilidad que nadie esperaba, el inspector agarró a aquel tipo por la muñeca y se la retorció, provocando que este acabase de rodillas en el suelo pidiendo clemencia con la mirada. Después hizo un gesto a uno de los agentes con la cabeza.

—Agente... —dijo el inspector, quedándose a medias.

—Gonzalez, señor.

—Agente Gonzalez, pida y anote la documentación de este sujeto. Si él o alguno de los aquí presentes les da el más mínimo problema, tienen vía libre para arrestarlo —afirmó el inspector—. ¿Lo ha entendido?

Los dos jóvenes policías asintieron con vigor. Luego soltó la muñeca de aquel tipejo y se giró sin mirar atrás mientras se perdía por un camino rústico excavado entre las rocas. No se dio cuenta que, entre la turba de gente, un par de vivaces ojos le seguían con tremenda curiosidad, a sabiendas de la escena que el inspector iba a encontrar en la playa. No en vano, todo aquello había sido obra suya.

Empezó a bajar por aquel desgastado camino de piedra con cuidado. Había abundante vegetación en las orillas y la tierra era de un penetrante color oscuro, debido con toda probabilidad a la naturaleza arcillosa del entorno. El camino, plagado de pinos centenarios, serpenteaba perezoso entre el ruido ensordecedor de las chicharras. Restos de humanos adornaban con tristeza las orillas de vegetación. Latas de refrescos, papeles de bocadillos, vasos de plástico y hasta un neumático de bicicleta. La isla, casi un paraíso bíblico en la tierra, estaba siendo destruido y engullido poco a poco por esa inmensa bestia insaciable que es el turismo. Construcciones ilegales, decenas de barcos en pequeñas calas, masificación, destrucción de los bosques terrestres y marinos, incendios en zonas de alto valor ecológico y contaminación. Sublime.

La humedad y la sensación de falta de aire incomodaban sobremanera las vistas. Casi sin darse cuenta, con la camisa

empapada en sudor, llegó a un mirador que había a pie de acantilado. La belleza de aquel paraje se propagó por sus retinas cómo la pólvora. La playa de S'Amara, ubicada en medio del Parque Natural de Monesque, era una de las más importantes de toda la isla, aunque en los meses de pleno verano era casi imposible disfrutarla. Decenas de autobuses y cientos de turistas desfilaban cada día por aquel camino en busca del paraíso soñado. Se acercó más al muro y, a sus pies, una inmensa playa en forma de media luna se estiraba perezosa con los últimos rayos de luz de la tarde. Arena dorada que se mezclaba con aguas de un azul tan turquesa que parecían sacados de un cuadro impresionista. De repente, como una cuchillada por la espalda, un recuerdo le surcó fugaz su memoria. Fotogramas de su hijo jugando en la arena, de su mujer luciendo en bikini su espectacular figura a pesar del embarazo o de un día en que esperaron a ser los últimos en irse de toda la playa para poder luego meterse en el agua y entregarse el uno al otro. Ellos ya no estaban y sólo quedaban en su cabeza recuerdos e imágenes de una vida que pudo ser y no fue. Pura basura que reabría sus viejas heridas una y otra vez, infectándolas. Diego lo aceptaba resignado. Así era y así debía ser, hasta el fin de sus días.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo una rocosa voz a su espalda.

Diego se giró y observó la sonriente cara de uno de los pocos amigos que aún conservaba en este mundo.

—Hola, Dani —le saludó—. ¿No había ningún buen fofrense de guardia?

—La realidad es que no. Sólo estaba yo —afirmó con una sonrisa—. Por cierto, sé que la imagen es idílica pero ¿vamos a trabajar? —preguntó— Esta noche tengo una cita y no quiero llegar tarde.

Diego asintió y ambos empezaron a bajar por la robusta escalera de madera que tenían a su izquierda.

—¿Te han contado algo? —preguntó Diego.

—Poca cosa. Al parecer se han cebado con el pobre desdichado.

—¿Desdichado? ¿Es un hombre?

—Por la foto que me han enviado de los restos estoy seguro de que lo es —afirmó enigmático Daniel.

Los dos hombres terminaron de bajar la escalinata y se adentraron en la playa. A su derecha, a unos veinte metros, se levantaba un escar maravillosamente conservado. También conocidos como varaderos, estas estructuras eran unas pequeñas construcciones de piedra empotradas en la pared de roca. Las barcas se subían a través de unos grandes troncos de madera, incrustados entre las piedras y que hacían las veces de escalera hasta el mar. Muy típica en las islas, eran poco usadas en la actualidad por culpa de la proliferación de los puertos deportivos. En el pasado también servían de refugio para los pescadores cuando les sorprendía una tormenta o algún imprevisto. Los motores tenían poca potencia y treinta o cuarenta años atrás, sin GPS ni nuevas tecnologías, la escarpada costa isleña no era buena compañera de viaje en caso de tempestad. En casi todas las calas o playas de las muchas que poblaban el archipiélago había un refugio de este tipo. Por desgracia, hoy día la falta de uso y el abandono provocan que el estado de conservación de la mayoría sea lamentable.

Alrededor de su entrada, una nube de policías y técnicos no paraban de recoger muestras y hacer fotos. De pie, observando la escena, un tipo vestido con un pulcro traje de chaqueta esperaba de pie mientras se fumaba un cigarrillo. Cuando vio acercarse al inspector y al forense, lo tiró a la arena, hundiendo el pie en la tierra en un torpe intento por apagarlo con la punta de sus mocasines.

—Bueno, bueno. Miren lo que ha traído la marea —afirmó con desdén—. El inspector Diego Guerra y el forense